



revista digital para profesionales de la enseñanza

Nº 16 - Septiembre 2011

Federación de Enseñanza de CC.OO. de Andalucía

ISSN: 1989-4023

Dep. Leg.: GR 2786-2008

## LA IMPORTANCIA DE LA LECTURA DESDE LA INFANCIA

El acto de leer es tan importante, que no solo proporciona información (instrucción) sino que también forma (educa), creando hábitos de reflexión, análisis, esfuerzo, concentración... y recrea, hace gozar, entretiene y distrae...

Una persona con hábito de lectura posee autonomía cognitiva, es decir, está preparada para aprender por sí misma durante toda la vida. En esta época de cambios vertiginosos en la cual los conocimientos envejecen con rapidez, es fundamental tener un hábito lector que nos garantice tener conocimientos frescos, actualizados pues ello nos vuelve laboral y académicamente más eficientes y competentes en el campo laboral o académico. Tener una fluida comprensión lectora, poseer hábito lector, hoy en día, es algo más que tener un pasatiempo digno de elogio... es garantizar el futuro de las generaciones que en este momento están formándose en las aulas.

Algunas de las razones por las cuales debemos optar por un proyecto lector serio y creativo, podrían ser las siguientes: La lectura ayuda al desarrollo y perfeccionamiento del lenguaje, mejora la expresión oral y escrita y hace el lenguaje más fluido, aumenta el vocabulario y mejora la redacción y ortografía.

La lectura nos permite aprender cualquier materia desde física cuántica hasta matemática financiera. No hay especialidad profesional en la que no se requiera de una práctica lectora que actualice constantemente los conocimientos para hacernos más competentes día a día. La lectura mejora las relaciones humanas, enriqueciendo los contactos personales, pues facilita el desarrollo de las habilidades sociales al mejorar la comunicación y la comprensión de otras mentalidades y al explorar el universo presentado por los diferentes autores. La lectura da facilidad para exponer el propio pensamiento y posibilita la capacidad de pensar.

En el acto de leer, se establecen conceptos, juicios y razonamientos ya que, aunque no seamos conscientes de ello, estamos dialogando constantemente con el autor y con nuestra propia cosmovisión. La lectura es una herramienta extraordinaria de trabajo intelectual ya que promueve el desarrollo de las habilidades cognitivas fundamentales: comparar, definir, argumentar, observar, caracterizar, etc., La lectura aumenta nuestro bagaje cultural; proporciona información, conocimientos de diferentes aspectos de la cultura humana. La lectura amplía los horizontes del individuo, permitiéndole ponerse en contacto con lugares, gentes, experiencias y costumbres lejanas a él en el tiempo o en el espacio, estimula y satisface la curiosidad intelectual y científica, desarrolla la creatividad, pues al ampliar nuestro horizonte lexicológico y cultural nos brinda el desarrollo de los principales indicadores de creatividad como son: la fluidez, la flexibilidad, la originalidad y la sensibilidad.

La lectura nos vuelve más tolerantes, menos prejuiciosos, más libres, más resistentes al cambio, más universales y más orgullosos de lo nuestro. La lectura es una afición que dura toda la vida que puede practicarse en cualquier tiempo, lugar, circunstancia. Nos libra de los males de nuestro tiempo: la soledad, la depresión y el consumismo compulsivo...

Un aspecto imprescindible para alcanzar un óptimo rendimiento académico es la capacidad de leer comprensivamente. La lectura es la principal habilidad para el aprendizaje. Consiste en coordinar, secuenciar y efectuar simultáneos procesos perceptivos de la información gráfica, con el procesamiento léxico, sintáctico y semántico de dicha información.

Sólo la práctica permite evolucionar desde la adquisición de la lectura en sus niveles básicos, hacia la conversión definitiva en lectores expertos. Por tanto, si logramos mejorar la habilidad lectora de nuestros estudiantes, el efecto directo sobre su rendimiento sería extraordinario. El estilo de vida que tienen nuestros hijos se aleja por completo del nivel necesario para producir razonamientos meditados y eficientes. La lectura es un proceso que requiere tiempo y esfuerzo, para una sociedad que ha nacido ya acostumbrada a vivir demasiado deprisa.

Cuando se habla de literatura, se piensa enseguida, obviamente, en libros. Los libros son un mundo que se nos abre, cuando vamos leyendo y descubriendo pensamientos, fantasías, ideas, planteamientos, etc... de distintos autores. La literatura, fundada en la lectura, claramente es una fuente de conocimiento inigualable. Entonces quién lea, siguiendo lo que se plantea, es una persona más culta que quien no lo haga, por lo menos eso es en los papeles, y el leer no es nada más que un hábito, un aprendizaje que se incorpora a nuestro comportamiento, es por esto la importancia de la literatura infantil. La razón que ya se sugiere con lo planteado, es que la importancia de la literatura infantil radica claramente en que desde niños aprendamos a leer y así incorporar ese hábito a nosotros. Pues de una distinta manera, si la persona no incorpora el leer, ya más grande será más complicado que pueda hacerlo, aunque claramente tampoco es imposible, pero más que nada ahí es donde recae la importancia de la literatura infantil. Es por esto, que es de suma importancia que en los lugares educacionales donde hay niños, como colegios, bibliotecas, parques, jardines, ludotecas, etc... se dé gran importancia a la literatura infantil. Deben inculcar en los pequeños que éstos lean y no sólo por aprender, por conocimiento sino que también por entretenimiento. Es aquí donde hay que poner mucha atención, pues si cuando se le da importancia a la literatura infantil, se le da mucho énfasis a la diversión, que claramente es más parte de los niños que el tan sólo aprender, se puede establecer una relación a futuro de entretenimiento con saber. Los niños al leer por entretenimiento pueden tomarle el gusto a la lectura, puede que cuando sean más grandes con el hábito de leer incorporados a ellos, puedan usar eso para aprender, para que la lectura no les cueste tanto. He ahí otro signo de la importancia de la literatura infantil.

Cuando los niños leen bien, aumenta increíblemente su aprendizaje durante sus vidas y surge un potencial bastante grande en el futuro de su desarrollo. Pero cuando sucede lo contrario y los niños leen muy pobremente, se les cierran las puertas, lo mismo que las posibilidades, la escuela y el aprendizaje se vuelven más bien una carga o algo peor. Como resultado, los niños que no saben leer bien, cuando sean adultos, van a sufrir. La investigación demuestra que existen condiciones bajo las

cuales a los niños les llega a gustar la lectura, y dichas condiciones se deben aprovechar desde muy temprano.

Existe mucha evidencia, dicen los investigadores, para demostrar que las familias que le dan importancia a la lectura, escritura, y a la forma de hablar, ofreciendo amplias y calurosas oportunidades para la lectura de libros de cuentos, tienden a crear hijos que desde muy temprano son niños competentes en la lectura. Es fácil ver por qué es esencial que las familias y los demás encargados del cuidado de los niños, se esmeren en crear un ambiente donde se goce de las lecturas y donde se compartan los libros.

Y aconsejan dichos estudios e investigaciones que nunca es demasiado temprano para empezar a leerles a los niños. Por ejemplo: los dibujos brillantes y de mucho colorido fascinan aún a los mismos infantes que apenas están aprendiendo a enfocar sus ojos. Y aún antes de que sus ojos puedan enfocarse, el sonido de la voz de quien está leyendo atrae la atención del bebé.

A la edad de cuatro o seis meses, los infantes pueden enfocar su vista en los dibujos, y se empieza a desarrollar la coordinación de sus ojos con las manos. Este es un buen momento para introducirlos en los libros señalándoles las cosas. Al final del primer año, muchos infantes pueden señalar esas mismas cosas ellos mismos. Este es un paso muy importante en el aprendizaje del lenguaje.

Los libros cortos y familiares tienen mucho atractivo para los niños. El ritmo y la repetición de los poemas para infantes, por ejemplo, hacen que los niños sientan como si las palabras y los sonidos fueran sus amigos. Conforme leen una y otra vez sus libros favoritos, se desarrolla otro paso importante, el de juntar el sonido de la palabra con la palabra escrita. Los ritmos y los sonidos que los niños gozan cuando son infantes llevan consigo un valor mayor de alegría: les ayuda a construir su sensibilidad hacia los fonemas, un conocimiento crítico en el aprendizaje de la lectura.

Los niños antes de ir a la escuela necesitan de cercanía y cariño. El calor, el compartir personal de uno mismo con un libro y con su niño fomenta en los niños el amor a la lectura. Es buena idea dejar que los niños lleven la pauta en la lectura, dejándolos que escojan los libros y los lugares donde quieran leer. Hay que ser muy generosos en el tiempo que se les dé a los niños para que vean bien los dibujos; así es cómo van aprendiendo pistas del cuento que van leyendo.

El ambiente de familiaridad que se va desarrollando en los niños cuando se comparten cuentos con adultos que se preocupan por ellos es el mejor regalo que las familias y quienes cuidan de los niños, pueden ofrecerles a los niños, ayudándolos a emprender un excitante viaje en la carrera de su aprendizaje.

Estos momentos de intercambio comunicativo son claves para comprender el proceso de lectura del bebé, seleccionar los materiales que posibilitan esa lectura y emprender la tarea de leer con los bebés de manera que “la lectura y la escritura se conecten con el sentido y con la lenta tarea de invención que es la vida de cada ser humano”

### **¿Por qué leer en la primera infancia?**

Aunque en teoría es bien sabido que somos lectores de múltiples lenguajes, la lectura y la alfabetización suelen considerarse sinónimos en la práctica. De ahí que hablar de

bebés lectores siga sonándole paradójico a mucha gente. Proponemos un experimento sencillo para quienes tengan dudas: “suelten” a un pequeño de 8 meses frente a un canasto con libros y observen, simplemente. Tarde o temprano, el niño se las arreglará para ir hacia el canasto; tomará uno o varios libros; los olerá y les hincará algún diente; se decidirá a probar uno y a devorar otro y, luego, si un adulto cercano “cae en la trampa” de leerle alguno, ya no habrá marcha atrás. Cuando ese bebé descubra que además de morderlos, los libros se abren a otros mundos y permiten estar sentado en las rodillas de un ser querido que va nombrando tesoros ocultos en sus páginas, pedirá que le lean una y otra y otra vez. Los libros ejercen una fascinación temprana, una especie de amor a primera vista en los niños. No podríamos afirmar si la fascinación se debe al objeto - libro o si se trata, más bien, del hecho de haber descubierto un truco mágico para retener durante mucho tiempo al papá o a la mamá, voz, palabra y presencia, para el pequeño. Lo que sí podemos asegurar es que no hemos encontrado un solo bebé, en tantos años de experiencia, que le tenga fobia a los libros...

Sacamos a colación el sencillo experimento para plantear una de las primeras hipótesis que motiva a diario nuestro trabajo en las aulas de educación infantil: el “problema de la lectura” –del que con frecuencia se quejan los adultos– no es una idea con la que el niño venga al mundo, sino una construcción posterior, generada por un acercamiento inadecuado que reduce la lectura a la alfabetización mecánica. En efecto, es muy posible encontrar niños de segundo grado diciendo “odio leer”. Pero si uno indaga en torno a esa primera respuesta, descubrirá que lo que los niños dicen odiar no es la lectura en sí misma, ni mucho menos las historias, sino esa caricatura académica en la que puede haberse convertido. Y esto sucede porque aprender a leer, en el sentido alfabético, es una tarea árida, lenta y difícil que implica lidiar con todas las arbitrariedades y convenciones del lenguaje escrito. Si no hay un nido fuerte que conecte desde temprano la lectura con el desciframiento vital y si esa conexión no se continúa ofreciendo a los niños, mediante voces de maestros y de padres que les leen historias significativas mientras ellos conquistan progresivamente las arbitrariedades del código escrito, leer puede convertirse en una actividad carente de sentido. Significará hacer ruidos con la boca; responder a los interrogatorios sobre las ideas principales; perder el valioso tiempo para jugar y soñar frente a textos insulsos; tartamudear de pánico delante del resto de la clase, garabatear fichas y muchas otras actividades diferentes a descifrarse, conocerse y explorar el mundo, que son realmente las actividades que sí le gustan...

Alrededor de esa hipótesis, hemos ido encontrando argumentos para justificar el por qué y el para qué de desarrollar un trabajo de animación a la lectura que se inicie en la primera infancia y que se mantenga durante toda la etapa de alfabetización inicial. Estos **argumentos** podrían sintetizarse en los siguientes puntos:

1º.- Al no existir presiones alfabéticas, durante la primera infancia es posible concentrarse en el vínculo afectivo que conecta a las palabras, las historias y los libros con los seres humanos. Vincular los libros con el afecto de los seres más importantes y queridos, permite crear un nido emocional para afrontar los retos posteriores de la alfabetización, pues antes de ingresar al código escrito, el niño ha tenido la oportunidad de experimentar las compensaciones vitales de la lectura. Es decir, antes de exigir ciertos resultados alfabéticos, vincular los libros y el acto de leer con el cariño y los afectos.

2º.- Así como nadie duda de que puedan enseñarse los fonemas o los números, también es posible enseñar –vale decir, transmitir y fortalecer– el amor por la lectura, haciendo explícitas las conexiones entre la literatura y la vida. Este aprendizaje se transmite, casi por ósmosis, en el intercambio amoroso y sin presiones de un adulto con un niño, especialmente durante los primeros años de vida. Así como se enseñan datos, es posible “el arte de enseñar” placer y sentido en la experiencia de lectura y resulta más sencillo de lo que parece: basta un adulto cercano, consciente de su papel como “cuerpo que canta y cuenta” y como texto por excelencia del niño. Más importante que el texto en sí y que lo que el menor retenga, es la cercanía y el gozo de compartir la actividad unidos.

3º.- Aprender a leer alfabéticamente hasta convertirse en lector autónomo es un largo rito de tránsito que requiere mucho más de un año lectivo (es falso que concluya el último día de educación infantil y que tengan que pasar a primaria leyendo). Los ritmos y las variaciones entre los lectores concretos, aunque tengan la misma edad y compartan el mismo pupitre, son enormes. Así mismo, el logro de la alfabetización rudimentaria e instrumental no garantiza que los niños estén capacitados para leer textos adecuados a su nivel de desarrollo afectivo e intelectual, a su deseo o a su necesidad simbólica. En los primeros años de alfabetización hay un desfase entre la capacidad de decodificación mecánica y la necesidad de desciframiento vital. Por eso, el adulto debe mantener viva la magia de las historias y leer al niño los textos que su psiquis y su deseo necesitan. Es decir, si nos centramos en la decodificación y en los logros alfabéticos mecánicos y decimos que ya saben leer, y nos alejamos de motivarles, probablemente el proceso no vaya por buen camino...

4º.- No se ha comprobado ninguna relación entre la rapidez con la que un niño aprende las primeras letras y su futuro como lector autónomo, que alcanzará siempre y cuando cuente con un adulto que le siga leyendo las historias que necesita para su crecimiento emocional, mientras adquiere la fluidez necesaria (muchos “lectores compulsivos” de 11 años que asisten a clases y talleres, sacan “insuficiente” en lectura silábica durante los primeros cursos educativos, porque después tienen a su lado adultos que los siguen acompañando paciente y respetuosamente durante el largo rito de tránsito). Mucho más importante que el primer arranque es el mantenimiento del hábito y el perfeccionamiento real a través de los años venideros, donde realmente se fija.

5º.- El argumento más contundente para trabajar la lectura desde la primera infancia es que garantiza la inclusión de la familia en torno a un gran proyecto de educación integral que fortalece vínculos afectivos y comunicativos y enriquece el desarrollo emocional e intelectual. Como decíamos antes, los bebés no andan solos sino que, detrás de ellos, vienen el padre, la madre, los hermanos e incluso los abuelos. De ahí que los proyectos de lectura en la primera infancia se constituyan en una alternativa poderosa de prevención, comunicación y educación conjunta. Leer con los niños logra cambiar los esquemas de los adultos –incluso de los no lectores– impulsándolos a recuperar sus cuentos de infancia y el placer ligado a las palabras. Y, al cambiar esos esquemas, su comunicación con los pequeños adquiere nuevos significados. A lo largo del trabajo hemos comprobado que los padres que aprenden a cantar y contar cuentos abrazando a sus hijos, encuentran herramientas para afianzar su comunicación. Muchos reportan haberse “reconciliado” con el placer de la lectura, gracias a las historias que leyeron para sus hijos (¡También para sí mismos!). En un país como el nuestro, inculcar el placer de leer en familia puede y debe constituirse en

herramienta para involucrar a los padres en la educación de sus hijos desde muy temprano.

6º.- El argumento anterior nos permite hacer una formulación inversa: es imposible “enseñar” el placer, el sentido vital y el amor por la lectura, sin involucrar a los mediadores adultos, es decir, a los padres, maestros y bibliotecarios. Los trabajos de animación a la lectura que ignoren el papel fundamental de la escuela, la familia y la comunidad como “instancias de mediación” entre los libros y los niños, serán insuficientes. Más que proyectos de lectura para una población específica, hay que plantear un trabajo de equipo que garantice una formación simultánea y sistemática, tanto de los niños como de los adultos. No pretendamos desarrollar un hábito en los pequeños de forma aislada que se extienda más allá de la inmediatez del momento sin el apoyo de toda su comunidad. Si el adulto no vela por este hábito, el gusto por la lectura morirá justo antes de terminar de nacer...

### **¿Pero quién es ése/a que lee? ¿Y cómo lee?**

Teniendo en cuenta esta concepción amplia de lectura, podemos identificar tres grandes etapas en el proceso de formación de un lector: La primera es aquella en la que el niño no lee, sino que otros “le leen” y se extiende desde el nacimiento hasta el inicio del proceso de alfabetización. La segunda es la etapa en la que el niño comienza a leer con otros y, por lo general, suele coincidir con el ingreso en la educación formal (educación infantil) y con el proceso de alfabetización propiamente dicho. La tercera etapa concluye con el lector autónomo, aquel que es capaz de encontrar por sí mismo sus textos definitivos.

Vamos a detenernos en esa primera etapa, a la que hemos llamado “yo no leo; alguien me lee, me descifra y escribe por mí”, que se inicia desde el nacimiento.

Nacer es comenzar a ser “sujeto” –sujeto, en el sentido literal– de un universo de palabras, símbolos y de significados. Llegamos a un mundo que ha sido construido con los significados que otros, antes que nosotros, han ido construyendo. Para el recién nacido, ese mundo de significaciones es un parloteo indescifrable e ininteligible que empieza a cobrar sentido sólo en la medida en que aparece alguien que lo lee, lo descifra y funda en él los primeros significados.

Son los padres, con su alternancia de presencias y ausencias, los que le imprimen significado al llanto de su bebé, tan parecido, al comienzo, al de cualquier animal. Cuando oyen el alarido de su hijo o hija, que es un ser de palabra, ubican ese llanto en el registro del lenguaje humano, atribuyéndole un significado. Seguramente dicen “Lloras porque tienes hambre, te vamos a dar de comer”. Y más tarde, a otro alarido igual, esos padres, que son seres “de palabras”, atribuyen otro significado. Tal vez digan: “Ahora no debe ser hambre, te vamos a cambiar el pañal”. Y más tarde, a otro alarido igual a los dos anteriores, otorgarán otro significado. Le dirán al bebé que van a arrullarlo porque tiene sueño y quizás les canten cualquier cosa. Lo importante es que han “leído” e interpretado ese llanto, que le han dado distintas significaciones y matices y que, con este acto intuitivo de comunicación, han abierto la puerta a la experiencia del lenguaje y de la lectura, que, en su acepción más amplia, tiene que ver con fundar sentidos.

Nos hacemos partícipes de la comunicación humana y entramos al mundo de lo simbólico porque hay alguien que nos lee y que escribe en nosotros los primeros textos, las primeras claves de significación.

En esa primera etapa, tenemos contacto con muchos textos y muchas lecturas, y es importante aclarar el sentido amplio de estos dos vocablos, pues muchos de los “textos de lectura” de la primera infancia trascienden lo alfabético; es decir, están “escritos” más allá de los libros. De ahí que los materiales de lectura no sean solamente los “libros”, sino también la música, la tradición oral, el arte, el juego y la expresión corporal, entre otros.

De hecho, al comienzo, un bebé lee “libros sin páginas”, en el torrente de la tradición oral que los padres recuerdan (tradición viene del latín “trado”, que significa entregar y también, en su sentido etimológico significa “pasar por el corazón”). Es decir, los padres pasan por el corazón aquello que una vez alguien les cantó o les contó y dejó escrito en el fondo de su memoria y entregan a sus hijos ese legado del corazón, lo reescriben en lo profundo de otra memoria. Quizás por ese origen, la poesía de la primera infancia recuerda los ritmos del corazón y casi podríamos decir que los imita. Por eso es rimada, aliterada, rítmica, repetitiva y prosódica. (Piénsese en el “aserrín, aserrán”, en las nanas, en los juegos del “tope tope tun”, en los cuentos corporales, etcétera).

Es así como antes del primer año de vida, y con un sencillo repertorio, podríamos decir que el niño es un lector poético o, más exactamente, un oyente poético. Su experiencia de lectura ha estado profundamente ligada al afecto y le ha enseñado mucho sobre los usos poéticos del lenguaje, es decir, sobre su función expresiva. Por ejemplo, ha aprendido sin saber a qué horas, que las palabras cantan, suenan y tienen ritmo; que sirven de arrullos para dormir, que acompañan, que quitan las sombras e incluso que tienen usos insospechados como hacer llover, salir el sol o curar el dolor. El aprendizaje poético que se da en el primer año de vida no habla de ritmo, ni de métrica, ni de rima, pero habla de la esencia de la poesía que es esa posibilidad de trascender la vida real, de transformar los significados literales de la comunicación utilitaria para crear otros universos connotativos en los que las palabras adquieren otros valores, otros significados, otras sonoridades.

Luego, cuando el niño se sienta, aparecen los primeros libros de imágenes. Son libros sencillos, quizás sin palabras, que cuentan historias o muestran objetos cercanos a la experiencia de ese niño pequeño. Nuevamente, son los padres y otros adultos cercanos quienes introducen al niño en ese otro orden simbólico, que es el mundo de los libros. Un padre o una madre que sienta a su bebé en las piernas mientras le leen un libro de imágenes, dicen muchas cosas sobre la lectura. Dicen, por ejemplo, que las ilustraciones, esas figuras bidimensionales parecidas a la realidad, no son la realidad. Pero que, en esa convención cultural que es el libro, son “como si” lo fueran pues representan la realidad. Ese “como si”, que es la esencia de lo simbólico, se aprende en las rodillas de alguien más experto que va nombrando el mundo conocido, atrapado y sintetizado en unos dibujos: “Mira a mamá. Mira a mamá con el bebé...” Y a medida que la voz adulta da nombre a las páginas que pasa, enseña que las historias se organizan en un espacio: de izquierda a derecha, para el caso de nuestra cultura occidental. Ese discurrir que se da siempre en la misma dirección será luego el espacio de la lectura alfabética, eso que los maestros de Educación Infantil llaman “la direccionalidad” en sus ejercicios de aprestamiento. El niño al que otros han leído lo aprende sin necesidad de ningún ejercicio. Lo deduce de todas esas horas pasadas

hojeando sus libros preferidos y comprende también que pasar las páginas es pasar el tiempo, que empieza y termina y que cuenta una historia durante ese transcurrir.

Por ello son importantes los libros de imágenes: libros álbum, libros con diferentes texturas, que proponen un sinnúmero de lecturas ligadas al desarrollo sensorial. Y, en un creciente proceso de complejidad, álbumes de los mejores autores e ilustradores.

Después de esos primeros libros y muy en la línea del desarrollo psíquico del niño, que empieza a salir de inmediato para hacerse preguntas, para inventar, imaginar, soñar, tener pesadillas y sentir miedos, los relatos se van haciendo más complejos. Es entonces cuando los niños entran en contacto, por una parte, con hechos, peripecias y personajes que suceden en un tiempo lejano: el tiempo de la ficción. Pero también, por otra parte, es el tiempo de los “porqués”; de la necesidad de saber cómo funcionan las cosas y de conocer los secretos que esconde el mundo circundante. Aparecen los libros informativos que proponen a los niños lecturas para responder a sus preguntas y explorar sus propias hipótesis. Así se tienden los primeros puentes con la lectura investigativa y el deseo de saber se conecta con los libros de no ficción.

Paralelamente, surge también el deseo de ir aún más lejos, de aventurarse por territorios fantásticos. Es el tiempo del había una vez, hace muchos pero muchísimos años... Ese tiempo mítico, que no es el presente, tiene su expresión literaria en los cuentos de hadas tradicionales o en los cuentos contemporáneos, con personajes fantásticos, que hablan a la psiquis en formación y le dan claves para nombrar sus misterios y para intentar descifrarlos. De nuevo, los adultos son los encargados de introducir a los niños en la magia de las historias y su actitud sigue enseñando mucho sobre la lectura. Por ejemplo, enseña que las palabras sirven para emprender viajes, para salir del aquí y del ahora y aventurarse por lugares y por tiempos lejanos, que pueden visitarse con la imaginación. Enseña también que, gracias a las historias y a las palabras, se puede dar nombre a las fantasías y dar forma a las angustias, para sacarlas de nosotros, para expresarlas, compartirlas y, quizás, sentirnos menos solos.

Al lado de semejante revelación, las voces adultas que cuentan historias dicen cosas útiles y necesarias sobre el lenguaje. Dicen que las palabras se agrupan unas al lado de las otras en una cadena y que, gracias a esas agrupaciones y a la posición de cada palabra en la cadena, se van construyendo y modificando los significados (hay que imaginar cada cosa que se va nombrando, darle una imagen mental a cada palabra oída y esa operación de asociar un significante con un significado ya es una lectura).

Pero, además, esa voz de quien cuenta es un modelo lector: sus pausas, sus inflexiones, sus tonos cuando interroga, cuando exclama o susurra, nos dice que las palabras tienen tonos, cadencias, matices y sonoridades.

En este rápido recorrido por la evolución del lector inicial, vemos cómo aparecen los diversos géneros literarios: La poesía, los libros de imágenes, los libros informativos y la narrativa. Ya el niño distingue las formas que toman los libros y los tonos de los que se valen, ya sea que quieran cantar, contar, expresar o informar; ya intuye que a veces hablan de la fantasía y otras veces nombran la realidad. Ya sabe una cantidad de cosas sobre la lectura, aunque la escuela diga que todavía no es lector y tal vez no haya entrado ni siquiera a la educación infantil.

Del recorrido anterior por la evolución de los primeros lectores, surgen las razones para justificar la multiplicidad de géneros –desde tradición oral hasta la no ficción– que



deben incluirse en el “menú” de los más pequeños. A continuación, sintetizamos los criterios básicos que pueden orientar esta selección:

- No todo lo que se lee es libro. En la primera infancia, leer no es una actividad aislada ni puramente intelectual sino que se relaciona con oír, mirar, oler, tocar, probar y moverse. Aceptar que los bebés comienzan “leyendo” con los oídos, con el tacto y con todo el cuerpo, implica replantear la idea de que en las bibliotecas de la primera infancia sólo haya libros. Antes y al tiempo con éstos, la música debe ocupar un lugar privilegiado, mediante la selección de buenos discos. Así mismo, la tradición oral de la comunidad, que llega a los niños a través de las voces de padres, abuelos y otros adultos significativos, es un material por excelencia y la biblioteca puede constituirse en un lugar donde ésta pueda ser recogida, valorada, re-escrita y compartida. Canciones de cuna, rondas, juegos corporales; ensalmos y conjuros, constituyen un material poético por excelencia. De ahí que las antologías de tradición oral y de poesía de autor, lo mismo que las recopilaciones de cuentos y leyendas, no dirigidas específicamente a los pequeños, sino a los mediadores adultos, sean los mejores “libros sin páginas” para llegar de “viva voz” a los más pequeños.

- Los libros no son sólo para los niños. Otro criterio para seleccionar los materiales en esta primera etapa en la que el niño es “leído” por y con otros, se deriva de la condición de “pareja lectora” o “familia lectora”. Dado que el adulto es “el texto madre” y quien propicia el encuentro libro-lector, los textos de la primera infancia se dirigen a varios destinatarios. Sus lectores virtuales no son sólo los niños, sino también los adultos. Como afirmábamos en el apartado anterior, las antologías de juegos, poemas y narrativa, que a primera vista pueden parecer demasiado gruesas y sin dibujos, son materiales para que sea el adulto quien se nutra de ellas y las entregue posteriormente a su “audiencia” de lectores. Para citar un ejemplo, en una biblioteca que no cuente con demasiado presupuesto, puede ser más eficaz tener una recopilación de cuentos de Grimm que adquirir solamente una Caperucita Roja, profusamente ilustrada.

- “No es oro todo lo que reluce”. El mercado de libros para bebés está inundado de libros juguete, llenos de texturas, peluches, sonidos y mecanismos que apelan a todos los sentidos de los pequeños para cautivar su atención. Sin embargo, antes de atender al hecho de que esos libros estén fabricados con materiales impermeables, con cartón indestructible o que involucren complicados mecanismos, el adulto debe fijarse en la factura interna de la historia; es decir en qué cuentan las ilustraciones, qué relaciones establecen con las ideas y las palabras y cómo estructuran lo que cuentan. Los bebés necesitan imágenes sencillas, dispuestas sobre fondos que no distraigan la idea central y que partan de sus experiencias y su entorno cotidiano. Poco a poco, según la evolución gradual a la que nos referimos en el punto anterior, las imágenes se irán haciendo más complejas, hasta desembocar en los álbumes de autores como Maurice Sendak, Anthony Browne, Ivar Da Coll y otros, en los que el diálogo entre palabra e imagen propone niveles de interpretación cada vez más creativos.

- No hay que ser especialista en bebés para elegir con criterio. Para no dejarse deslumbrar por el mercado, quienes elijan los libros de los más pequeños deben tener presentes los mismos criterios de selección que utilizarían para escoger literatura de adultos. Además de preguntarle al libro qué dice y cómo lo dice, es bueno preguntarle quién lo firma, quién lo ilustra y qué editorial lo respalda. Así como no es lo mismo elegir una novela de Saramago que la de un “escritor fantasma”, hay una enorme diferencia entre los libros firmados por autores e ilustradores y aquellos camuflados bajo el sello de multinacionales que, más que libros, producen objetos de mercadeo en

serie. Lo mismo sucede con las ilustraciones: aquellas que no se limitan a repetir lo que cuenta la historia sino que ofrecen al lector nuevas lecturas y múltiples horizontes y que denotan la existencia de estilos y formas peculiares de plasmar el mundo, enriquecen la mirada y la sensibilidad del niño. En este punto y para concluir, van dos consejos: El primero es que si a usted, como adulto, un libro no le dice nada o le parece excesivamente pobre, no lo elija, pues subestima a los niños. Ellos son tan inteligentes, sutiles y poco complacientes como usted –e incluso más–. El segundo consejo es que, además de leer libros, “lea” a los niños de carne y hueso. En esos lectores concretos que tiene a su lado están escritas las preguntas y las necesidades íntimas y simbólicas, que varían en cada ser humano. Sólo a partir de esas necesidades y esas preguntas es posible que un libro concreto haga conexión con ese lector particular que lo está esperando.

#### - **BIBLIOGRAFÍA:**

- ABCdario de la animación a la lectura. (1995). Equipo Peonza. Madrid: Asociación Española de Amigos del Libro Infantil y Juvenil.
- Animación a la lectura: ¿Cuántos cuentos cuentas tú?. (1994). Carmen Domech. [et. al.] Madrid: Popular.
- Cómo desarrollar los valores a partir de la literatura (1998). N. Obiols. Barcelona: CEAC.
- Cómo hacer a un niño lector (1986) M. Gómez del Manzano. Madrid: Narcea.
- Descubrir el placer de la lectura (2000) Barcelona: Edebé.
- El arte de contar cuentos a los niños: 16 cuentos con consejos y actividades para deleitar a los más pequeños (2001). R. Isbell; S. Raines. Barcelona: Oniro.
- Enseñar a leer, enseñar a comprender (1996). Teresa Colomer. Madrid: Celeste.
- Estrategias lectoras: juegos que animan a leer (1990). C. Aller. Alcoy: Marfil.
- La aventura de oír. Cuentos y memorias de tradición oral (1982). A. Pellegrin. Madrid: Cíncel.
- Qué tal si escribimos juntos. La literatura escolar (1994). F.J. Frias; F. Romanillos. Madrid: CCS.

- Recrear la lectura, actividades para perder el miedo a la lectura (1994). R. Rueda.  
Madrid: Narcea.

- Un libro para leer muchos más. (1999). EN: Peonza, nº 47-48.